

Más es *menos*

ASHOK KHOSLA afirma que, para que toda estrategia de estabilización del cambio climático sea eficaz, es fundamental erradicar la pobreza energética

La mayoría de los gobiernos marchan hacia el futuro guiándose por el espejo retrovisor. Pese a que cada vez hay más comprobaciones científicas de que nuestras actuales modalidades de consumo y producción nos están llevando hacia un descalabro masivo de los sistemas de sustentación de la vida en el planeta, en particular su clima y sus recursos vivos, nuestras economías sólo parecen estar cobrando impulso. Se han negociado tratados internacionales para ralentizar esta precipitada carrera hacia la autodestrucción, pero el pie que pisa los pedales no hace más que ejercer más presión en el acelerador que en el freno; los principales contaminadores siguen siendo los que van a más velocidad.

Dado el largo período que transcurre entre causa y efecto: la emisión de los gases de efecto invernadero y los cambios en la temperatura de la atmósfera, el clima mundial se modificará no importa cuán pronto reduzcan las economías del mundo su utilización de combustibles fósiles y la destrucción de los bosques. El legado de unos 150 años de despilfarro de energía y uso de las materias primas se encargará de ello. Muchos consideran que gran parte de este cambio, que a su vez dará lugar a alteraciones en el régimen de lluvias, los niveles del mar, la frecuencia de los desastres naturales y otros desagradables fenómenos, es desfavorable, si no directamente pernicioso.

Como es natural, los científicos, los ecologistas y los diplomáticos deben trabajar día y noche para rectificar esta situación y lograr acuerdos mundiales y políticas nacionales que reduzcan las futuras causas del cambio climático mundial. Pero ahora también debemos desarrollar formas que no sean las soluciones coyunturales simplistas

que actualmente procuran encontrar quienes tienen interés en que no cambien las cosas.

Es una característica de los complejos problemas de la sociedad y la naturaleza, sobre todo aquellas cuyos efectos se hacen sentir mucho después de la causa, que las soluciones que realmente producen los resultados deseados no sean necesariamente las obvias. Las soluciones más eficaces pueden ser incluso lo suficientemente ajenas a toda intuición como para inspirar un gran desdén de los expertos. Esto pasa con el cambio climático. Las respuestas deben estar en sintonía con las escalas de tiempo de los procesos atmosféricos que lo causan: decenios e incluso siglos.

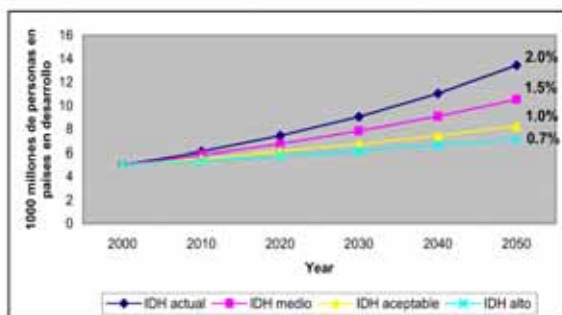
Desde luego que necesitamos actuar ahora para lograr resultados inmediatos, tanto para aplacar al público que los gobiernos y las empresas están reaccionando en la práctica, y porque cada tonelada de carbono que se deje de emitir es una tonelada de dolor que se evita en algún lugar del camino. Pero mucho más urgente que eso es la necesidad de actuar ahora para procurar resultados reales a largo plazo, cuando el impacto será mucho mayor. Las emisiones de carbono que con más urgencia es necesario controlar son las de la economía mundial de aquí a cincuenta años: un mundo inevitablemente más democratizado y equitativo que el de nuestros días y, por consiguiente, un mundo en el que todos tendrán derecho a exigir un nivel mucho más alto de utilización total de la energía.

Por muy opuesto a lo intuitivo que pudiera parecer, la manera más eficaz de reducir el impacto a largo plazo de la actividad humana sobre el clima es acelerar, cuanto antes, el uso de la energía (o al menos los servicios que la energía posibilita) entre los pobres del planeta.



Los dos números primarios que determinarán el estado del clima en el año 2050, por así decirlo, son el total de la población mundial y su consumo per cápita de energía, en particular en la forma de combustibles fósiles. La tasa de crecimiento de la población en una sociedad no es una variable independiente, sino que guarda estrecha relación con el nivel de los servicios energéticos de que disponen sus miembros. La fecundidad humana presenta una fuerte correlación inversa con el estado del desarrollo económico. Mientras mejores sean las condiciones de vida y las oportunidades de que dispongan las personas, menos numerosas, en general, serán las familias. El

Figura 2: IDH y crecimiento demográfico



Fuente: A Khosla con datos del PNUD

índice de desarrollo humano (IDH) del PNUD, medidor generalmente aceptado de la calidad de vida, guarda una gran correlación con la disponibilidad de servicios energéticos. Así, como se muestra en el gráfico 1 más adelante, el aumento del acceso a los servicios energéticos es una magnífica manera de reducir la fecundidad, cualesquiera que pudieran ser o no los vínculos causales específicos. Esto debería procurarse, de ser posible, utilizando la energía con más eficacia, aunque también, de ser necesario, dando acceso a otras fuentes de energía primaria.

Las proyecciones que figuran en el gráfico 2 dan una idea aproximada del impacto del aumento del acceso a los servicios energéticos, y, por consiguiente, de un IDH más elevado, en el crecimiento de la población en los países en desarrollo. Las curvas denotan las trayectorias del crecimiento de la población que cabe esperar en los próximos cincuenta años: se han obtenido a partir de

las proyecciones de población de las Naciones Unidas con un modelo simple para indicar la manera en que el IDH influye en la fecundidad. Las cifras indican que la población mundial prevista varía radicalmente según las diferentes modalidades de uso de la energía introducidas

Cuadro 1: Población mundial en el año 2050

IDH en el tercer mundo:	
Si persiste un IDH bajo (2,0%)	13000,5 millones
Si aumenta a un IDH medio (1,5%)	10000,5 millones
Si aumenta a un IDH aceptable (1,0%)	8000,2 millones
Si se modifica a un IDH alto (0,7%)	7000,0 millones

Sin modificación

➔ Varios miles de millones más de personas

➔ Más emisiones de carbono

Fuente: A Khosla con datos del PNUD

actualmente en los países de bajos ingresos. Como se observa en el cuadro 1, las emisiones totales anuales de carbono serían muy inferiores, digamos, en 2050, si se cubrieran ahora las necesidades energéticas inmediatas de los pobres.

Luego, por paradójico que pueda parecer, la intervención más importante que se requiere para mitigar el cambio climático es poner los servicios energéticos a disposición de los pobres en un grado razonable, aumentando la eficiencia y la utilización de las fuentes de energía renovables y otras fuentes y no simplemente añadiendo más energía primaria. La población mundial se podría reducir en el año 2050 en hasta un 30% de los posibles 10 mil millones previstos, lo que redundaría en una enorme reducción de las emisiones de carbono.■

Ashok Khosla es el Presidente de Alternativas de Desarrollo y Director General de TARAAhaat.